

## **Palabras para graduados y graduadas de la UNGS en su Colación de grados Nro.50**

Buenas tardes a todas y todos, a egresadas y egresados, a sus familias y amigos. En este caso vengo un poco como representante de vuestras profesoras y vuestros profesores a contarles de nuestra alegría y nuestro orgullo frente a esta camada número 50 de la UNGS.

Ayer me tocó justamente conversar con los ingresantes, que se acercan por primera vez a la Universidad. Los vemos venir con sus proyectos, alguno con más determinación, otro con más incertidumbre, y los recibimos como antes a ustedes, con las mismas ganas de que se queden. Y hoy me toca justamente estar aquí con nuestros egresados y egresadas, acompañándolos a cerrar esta etapa.

En el medio queda, en el tiempo de la biografía y en el corazón de todas y todos, un trayecto personal que, sabemos, es muchas veces una verdadera aventura y también un proceso de cambios importantísimos, incluso realmente de crisis personales, cuando los conmueve profundamente ya sea el ejercicio del pensamiento crítico que la Universidad propone o bien este encontrarnos con los otros distintos que pueblan este lugar. Ese proceso de transformación es el que hicimos juntos en estos años, estudiantes y docentes.

Como profesora, creo que todo lo que quiero decirles en este minuto que tenemos hoy, refiere un poco a esto. A este encuentro entre generaciones que está involucrado en la Universidad.

Se trata, en primer lugar, de una relación, digamos, interindividual, entre el o la estudiante y su docente, que muchas veces, en esta casa, es además particularmente cercana y estrecha. Pero al mismo tiempo, es una relación que tiene otra espesura social, porque es a través de ella que ustedes han entrado en un campo de saber específico, y más aún, en ese mundo frondoso de una cultura mucho más amplia, una cultura que se pretende universal, que la Universidad (desde su fundación como institución y, fíjense, desde su propio nombre) no deja de prometer a las nuevas generaciones que se acercan a ella.

Sin embargo, si bien esto es sustantivo, creo que no traiciono el espíritu de la mayoría de mis colegas si les digo, que los profesores universitarios de nuestro país pensamos que esta relación que aquí construimos, además de alojarlos en los distintos campos disciplinarios, involucra otro legado. Este legado refiere al carácter

público, democrático, abierto, irrestricto de la educación superior. Y digo legado, porque creo que esa obstinación intergeneracional por defender la Universidad Pública es lo que estamos comprometidos a legarles, a pasarles, justamente, en este espacio. Como todo legado, puede y seguramente será actualizado de mil maneras, pero entiendo que hoy, aunque quizás muchos de ustedes ni lo hayan pensado aún, los involucra como graduados de la Universidad Nacional de General Sarmiento.

Ciertamente, estos años han sido para ustedes de enorme esfuerzo y sacrificio, personal y familiar. Un esfuerzo que en cada una, en cada uno, tendrá un tono distinto y tantas anécdotas al respecto. La gratuidad de la educación superior, el ingreso irrestricto y la localización relativamente próxima de universidades son, sin embargo, condición de posibilidad, para que ese enorme esfuerzo se convierta hoy en un título universitario. Se trata del ejercicio efectivo de un derecho y, como tal, no significa una deuda de ustedes para con el pasado, pero sí, creo, que es una responsabilidad hacia el futuro, de cara a las nuevas generaciones. Y de eso se trata, justamente, un legado.

Deseamos y sabemos que este proceso de formación se corresponderá probablemente con mejores oportunidades de vida para nuestros graduados y graduadas. Pero la promesa de la universidad no se ajusta, por muchos motivos, a la idea del ascenso social individual. Esa sería una traducción empobrecedora, en una clave individualista acorde a nuestros días, de la promesa mucho más ambiciosa de la universidad pública, que es la promesa de la ampliación de la democracia, la promesa del cambio social que, en sus distintas dimensiones, tiene en nosotros, los estudiantes y graduados universitarios de los sectores populares, uno de sus actores relevantes.

Cuando imaginaba esta escena de hoy, pensaba también en la alegría de las familias de nuestros egresados y volvía, como tantas veces en los momentos significativos, al recuerdo de mi padre. Un poco porque la recreación de la escena familiar lo convoca, y un poco, porque fue mi padre y no yo, primera generación universitaria en nuestra familia. Primera generación universitaria como son la mayoría de nuestros estudiantes, pero no solo de nuestros estudiantes en la Unga, sino un enorme porcentaje de todos los estudiantes del sistema universitario público nacional. Tengo tan presente, que cuando era chica, en un recreío cuando me tomaba la lección, mi papá me iba contando cómo, por las noches, se encerraba en la cocina común del conventillo donde vivía y con una tabla de madera convertía las hornallas en

escritorio para apoyar sus libros. Mi padre me contaba esto y me mostraba, como tesoro mayor, la libreta universitaria que conservaba después de lo que habrán sido miles de noches de esas. En esa libreta, con una tipografía para mí ya antigua, había un poema, una oda a los estudiantes protagonistas de la Reforma Universitaria del 18. En este entrecruce de luchas individuales y colectivas, mi padre intentaba explicarme, para explicarse a sí mismo, cómo fue que el hijo de un mozo inmigrante y una trabajadora en casas particulares había podido terminar la universidad. Mientras lo hacía, honraba a su vez la lucha reformista y buscaba inscribir a sus hijos en esa, que era para él, la tradición más preciada que nos podía heredar.

De montones de estas micro-épicas personales, la de muchos de ustedes, la de mi padre, sostenidas por la obstinación intergeneracional de quienes la defendemos, está hecha la hazaña social que significa la Universidad Pública en nuestro país. Quienes desconocen la Universidad Pública, quienes nunca transitaron sus aulas, no saben de las entrañables y tantísimas razones que nos unen a ella.

Estoy justamente mentando este legado, no sin intención política ni en un contexto cualquiera, sino en un contexto en el que la posibilidad presente y futura de sostener y avanzar en el desarrollo de políticas educativas, sociales y de derechos, se ve fuertemente condicionada por una intervención del Estado a nivel nacional y provincial de carácter especialmente regresiva. Contextos como estos son los que nos convocan a actualizar y recrear esta obstinación intergeneracional.

Les deseamos que puedan realizar su vocación, desplegarse profesionalmente, tener una buena vida y también, que puedan contar con esos recursos culturales que los habiliten a la libertad de construir esa vida de las maneras más diversas que deseen.

Saben ustedes que esta no es una despedida, la universidad es una comunidad de la que, también por estas razones que vine comentando, no dejan de formar parte.

Que sean felices.